

EDITORIAL

SOBRE EL CONFINAMIENTO VIRTUAL DOCENTE

Juan Guillermo Gómez García*

Universidad de Antioquia

Universidad Nacional

Forma de citar este artículo en APA:

Gómez García, J. G. (julio-diciembre, 2020). Sobre el confinamiento virtual docente [Editorial]. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 11(2), pp. 390-395. <https://doi.org/10.21501/22161201.3629>

Al parecer, las actividades universitarias, en estas circunstancias de excepción, se han contraído a actividades virtuales de confinamiento. La universidad virtual confinada se ha impuesto, quiera quien no quiera, de un modo que nos resulta cada vez más lejano, no solo el día venidero de volvernos a ver con colegas, amigos y estudiantes cara a cara, en salones de clase, cafeterías, conferencias o marchas, sino que se nos vuelven borrosas las más cercanas experiencias del semestre que apenas concluyó. Es un síntoma de abatimiento moral o quizá una extraordinaria ocasión para imaginarnos una Edad Media *express*, de encierro meditabundo como monjes de abadías, con la sutil diferencia de tener conexión a Internet y Rappi. Los que disponen de la una y solicitan el servicio de lo otro, claro está.

Dos meses de encierro han venido dejando mil lecciones personales y colectivas a las que cabe ir dando un perfil más determinado, para los estudios socioculturales. La imagen del mundo globalizado la vemos como en un congelador, en una dimensión que nunca pudo imaginar la pobre fantasía del cine de Hollywood. Calles desoladas, centros turísticos sin multitudes, avenidas emblemáticas solo con algunos guardas y ambulantes perdidos, íconos del mundo haciendo en el hogar lo que hacemos muchos, imágenes televisadas mil veces de gente pegada a un ventilador artificial advirtiéndolo: “vea, vea”, es decir, todas cosas para reinventar ociosamente qué empezamos a hacer con nuestro entorno familiar. Bolsas mundiales desplomadas, presidentes que se arrojan funciones legislativas y hasta judiciales, pactos diabólicos para controlar los precios de combustibles, invasión mediática sin control, especulación de guantes, alcohol, jabones antibacteriales, tapabocas, y, sin dejar de faltar, no perderse el espectáculo gratuito, como en *Mario y el mago* de Thomas Mann, del charlatán circense, Donald Trump, que nos alienta en la esperanza de que el gran coloso hace aguas.

* Doctor en Filosofía de la Universidad de Bielefeld, Alemania. Docente de la Universidad de Antioquia y catedrático titular del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, sede Medellín. Ha sido coordinador del grupo de investigación Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Ha dirigido la colección Clásicos del pensamiento hispanoamericano. De sus nutridas y valiosas publicaciones destacamos las siguientes: *Alemania no habrá tenido enemigos más funestos que sus intelectuales: los intelectuales bajo la República de Weimar* (2019), *La Carta de Jamaica 200 años después: vigencia y memoria de Bolívar* (2015), *Hacia la independencia latinoamericana: de Bolívar a González Prada* (2010), *Literatura y anarquismo en Manuel González Prada* (2009), *Crítica e historiografía literaria en Juan María Gutiérrez* (1999). Contacto: guillermo.gomez@udea.edu.co. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2118-385X>

Ha habido de todo, y resulta cansón tratar de hacer un inventario de las nimiedades que han trastornado, pasajeramente, nuestra vida diaria que es a la vez el ritmo y trayectoria auto-conferida de nuestro yo universitario. Resulta una tentación referir pues a la propia experiencia, y repensar desde allí, especulativamente, lo que parece que va a cambiar en nuestro entorno académico, sin que tengamos que acudir a un oráculo a domicilio. Pero ofusquemos al querido lector con achaques de pandemia.

No había nunca antes hecho uso de una herramienta virtual, del Google Meet, para ser más precisos. No sabía que existía y cuando tuve que someterme a la torturante tarea de abrir el correo institucional (que tampoco nunca había abierto en 20 años de profesor), buscar los puntos de la pantalla y asombrarme que se podía convocar a los estudiantes a clase para verse por un agujero, no hizo sino sentirme en pañales. Fue casi una experiencia triunfal. Estuve cuatro horas, sin perder la concentración, y estimo sin matar la paciencia del estudiante, pues todos permanecemos allí, vinculados del modo más inverosímil tras el azar de la piedra filosofal. Pisé de este modo la luna del siglo XXI, y no me quejé de modo alguno.

Así he seguido manteniendo las clases, tanto en la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional (aquí ya terminé semestre hace un mes). Descubrí el Google Meet, para mi beneficio y de mis estudiantes, y no deseo con ello ponderar sus virtudes académicas en absoluto. Fue una suerte de lotería docente, que la gané sin comprar el billete. Es pues solo un caso, uno entre otros con consecuencias muy adversas que deben ser evaluadas en cada caso.

Sabemos (esto que digo lo sabemos todos) que lo inquietante, frustrante e indigno en esta experiencia de confinamiento, es que nuestros estudiantes carecían en buena parte de conexión a internet, de computador (que es como carecer en esta era digital de cepillo de dientes), que no tenían condiciones aptas hogareñas o siquiera razonables para estar en casa, pues algunos no tenían comida. Otros no tenían paciencia y así a mi entorno más cercano de estudiantes los quise animar con llamadas no corrientes. Esto hizo del debut triunfal docente, del banderillero Juan Guillermo Gómez García, un caso odiosamente paradójico.

El confinamiento ha generado para el país una experiencia en general traumática, como hemos visto. Todo se sale de las manos a un gobierno que no se cae porque no tiene ni peso para ello. Flota como un corcho, a donde las corrientes turbias y oscuras lo lleven. Vemos, eso sí, con la mayor preocupación, los agostos especulativos a favor de la banca, de los grandes empresarios del agro y otras aves del mal agüero. Pero veo con la mayor preocupación un anuncio que pasó, muy sesgadamente y casi invisible, en noticias. Se trataba de la promoción de paquetes docentes virtuales de las grandes multinacionales para colegios y universidades. Fue noticia y a la vez publicidad. Así que la educación virtual se va a convertir en un doble o triple negocio, por donde se mire. Se enriquecen las grandes multinacionales, se enriquecen los intermediarios (son los

de siempre, Tom-Jerry & Co.) vendiendo estos paquetes al Ministerio de Educación Nacional (MEN), y el MEN puede ir prescindiendo, a mediano y largo plazo, del gremio magisterial. Amanecerá y estaremos en babia.

Desearía culminar, si me es permitido por su extensión, agregando dos apartes de un libro que se fue escribiendo solo en esta pandemia, *Letras confinadas*. Son dos retazos. Uno, la presentación al libro (inédito, por supuesto) y dos, la carta de un estudiante (con el debido permiso del suscribiente).

1. Letras confinadas

Estas fueron las paginitas que escribí, mientras, al igual que nuestro lastrado país, me enclaustré en casa por virtud de la pandemia del coronavirus. Mi caso, fue de excepción. Gozaba de buena salud y un salario que me permitió, entre mil cosas más, culminar mi investigación *Rafael Gutiérrez Girardot y España* para enviarla al Premio Fundación Alejandro Ángel Escobar, leer simultáneamente *La interpretación de los sueños* de Freud, *Los argonautas del pacífico occidental* de Malinowski y los *Cuadernos negros* de Heidegger, y atender los asuntos propios de la cocina. Adosé estas entretenidas semanas, en las que no me aburrí ni un segundo, con los cursos virtuales sobre Literatura alemana del siglo XVIII-XIX e Historia de la cultura latinoamericana (*Contrapunteo cubano* de Fernando Ortiz). Califiqué (absurdo menester) trabajos finales. Nos desvelamos con Juan Camilo Dávila un par de veces hablando del jodido nazi Carl Schmitt... No podía pedir más.

Bebí, sorprendentemente, muchísimo menos. Me bastó un par de cervezas al día, nunca una botella de vino completa. Vi cómo se desplomaba el país, en nuestros mentirosos noticieros que no daban abasto para tapar los agujeros negros de nuestra no-estructura social. No hubo motivos tampoco de festejos, rumbas o celebraciones. Dormí unas noches mal, otras mejor. Me lavé las manos, como mandaba la propaganda, varias veces al día y rociaba, para ofuscación de Nana y sobre todo de Magdalena, sus computadores y celulares de alcohol. Salí muy pocas veces, solo para sacar a pasear a Abril, la perrita que fue la que menos entendió la situación.

Hablé por teléfono con mis amigos, escribí a mis amigos por WhatsApp, me relajé solitario en mi cama, a la que bauticé “mi lecho de Schönbrunn”, con una de esas pedanterías librescas que hay que explicar. También escribí una centena de emails, unos ociosos decididamente. En uno de ellos hablé que estamos todos, al fin en la Montaña mágica, otra de mis pedanterías librescas, y Rodrigo Zuleta me recordó que allí, al menos, los enfermos estaban en condiciones óptimas, resguardados de las miserias que hacen del confinamiento un verdadero infierno. Sí: aquí siempre hemos vivido en pandemia, solo que hasta hace unos

días al gobierno nacional le dio por confinarnos. Esa es la diferencia comparativa. Letras confinadas. Mady, un querido amigo que murió de otra cosa hace unos días, las resguardaría como escritas de sí.

2. **Profesor Juan Guillermo**, escribe Daniel Esteban Gutiérrez Vargas estudiante del curso Historiografía 2.

Quisiera escribir algunas palabras hacia usted, más sentidas que pensadas. Primero sobre mí y sobre por qué estudio Historia, el sentido que le veo a estudiar historia, recordando una frase suya en clase, en la cual se refirió a hacer un texto sobre la profesión. Y segundo sobre la Universidad y el curso. Dadas las circunstancias de la *cuarentena* apenas me es posible comunicarme con usted, pidiendo su venia y perdón, pues considero que es una persona de respeto, a pesar de que no lo conozco en la intimidad, refleja sabiduría y experiencia.

En esta cuarentena me he visto privado de asistir a las clases virtuales —quiero aclarar que asistí a todas las presenciales, las únicas que perdí fueron las últimas— incluso a textos o información sobre la Universidad, en dónde vivo no se cuenta con esos recursos y esta situación especial me impide terminar el semestre de forma adecuada, al menos a lo que pienso que sería lo adecuado. A la falta de internet y equipos para conectarme —no cuento con computador para hacer trabajos— se suman la falta de recursos económicos para comprar comida, solventar asuntos de medicinas y aseo, esencial en estos momentos. He de admitir que esta situación no es nueva, pues se puede considerar que vivo entre la población marginal de Colombia, la que vive del día a día, la llamada popular. Esta condición social de escasez de recursos ha sido constante durante 23 años, en los cuales por experiencia veo lo distintas que somos las personas en este país, lo indolentes que somos, y a su vez cómo se resiste en medio de [lo] que se ve a diario; como robos, mendicidad, muertes, violaciones, peleas entre familias y todo lo que se ve en el periódico, que nos bombardea con malas noticias.

Los problemas sociales y personales —existenciales— cuando se unen en un sujeto, se transforman en inquietud filosófica —no he sido un tipo que ha estudiado mucho ni he sido criado entre ambiente ‘cultural’ a diferencia de Marx y lo que dice en su carta, empecé a leer recién a los 18 años y a saber sobre el mundo— la cual se manifiesta en preguntas como *¿por qué tengo que aguantar hambre todo el día? ¿por qué nací pobre? ¿por qué soy feo?* entre otras, en mi caso también por qué nací con un defecto en los pies —pie equinvaro— y muchas preguntas que surgen, que se van analizando gracias a lecturas y vivencias más académicas que callejeras. Estas preguntas que surgen al analizar el entorno y al empezar a indagar para buscar un alivio a las mismas, llevan a una

evidencia en la historia colombiana, la explotación de la tierra, de los campesinos y de las personas trabajadoras no es nueva, viene incluso desde los inicios de la civilización. Entonces para responder a un asunto tan esencial como lo es un problema personal, es necesario indagar en los otros —en sus experiencias— en la sociedad y a la larga en la historia. Así, gracias a la historia —sus practicantes, su práctica y sus reglas para practicar— puedo saber que Carlos Marx escribió y pensó sobre esta situación que vivo, situación que viven muchas personas en el mundo, la explotación del hombre por el hombre, la canallada de la propiedad privada, el oportunismo político —asuntos que a mi parecer son un problema, pues hay gente que tiene en exceso y otra que no, pero ambas existen y básicamente comparten las mismas necesidades, gracias a la ciencia natural sabemos eso— y otros asuntos sociales y laborales. También gracias a la historia sé que hay personas que se han pensado a sí mismas, que han cuestionado su entorno —babilonios, griegos, egipcios, chinos, indios, pueblos originarios de América—, han buscado resolver sus inquietudes. Un ejemplo de ello sería el Buda —quizás fantástico el ejemplo— el cual al darse cuenta de la realidad o de algo que no había percibido, decide emprender el camino a su salvación o a su calma interior, pues al ver la vejez, la muerte y la enfermedad —cosas feas como la pobreza extrema, el hambre, la precariedad sanitaria, cosas normales en Colombia— se sintió mal. Así como me siento mal y se sienten mal otras personas, pero que son más valientes que yo para trabajar y hacer algo por ellas mismas. El motivo que me llevó a dejar una licenciatura en Ciencias Naturales y estudiar Historia, fue indagar en esas inquietudes para obtener un criterio “propio” o en apariencia propio. Creo que un sentido encontrado en el estudiar historia y ejercer una carrera de historiador, es el filosófico, enfocado principalmente en la existencia individual conectada con la social, compartiendo la idea de complejidad de Edgar Morin, la cual se refiere a la conexión entre elementos y contextos en un conjunto; así mis problemas están conectados con los problemas ajenos, así mis acciones se conectan con las otras, en dónde me encuentro como individuo y valor y no de forma aislada. Esta idea de complejidad se acomoda al estudio histórico; el análisis de las épocas pasadas, de acontecimientos, de ideas. Así, gracias al registro histórico y a su conservación se puede saber sobre epidemias y pandemias anteriores, a la vez cómo actuar, valorar los avances y cambios en terrenos específicos del conocimiento -avances en biología celular, en medicina, etc. En estos momentos de comportamiento especial es necesario conocer la historia —por ejemplo, la historia de la esclavitud— para identificar otras formas de comportarse, de solucionar asuntos a la vez que de no repetir errores. Divulgar historia y filosofía se hace más necesario en estos tiempos que en cualquier otro, pues estamos a merced de los medios, de la ciencia y las instituciones. Sin extenderme más en esta parte, quiero decir que los derechos humanos no se cumplen a cabalidad y me pregunto si eso es posible, puesto que la vida se pierde fácil si no se garantizan los demás derechos, los cuales en Colombia se ven pisoteados.

Las protestas que se ven desde hace un par de años y las que se siguen viendo, creo que no surten efecto pues no somos ciudadanos ilustrados, no se cumple para nada aquello que vimos en clase —lo poco que vi en clase— de la razón como guía de la historia, y si es así, esa razón científica es voraz. A mi parecer falta razón religiosa, más sagrada que carnal, no consumista —una razón universal al estilo de Hegel— pero es una opinión nada más. Sin más, esto es lo que puedo decir sobre mí y sobre lo que estudio.